



# EL ADIOS A LOS ENCANTOS

**TODOS LOS MODISTOS SE ALIAN PARA DISEÑAR LARGO, PERO NO SIEMPRE CON ENTUSIASMO**

**IE** L año 1970 se recordará en los anales de la moda! Tras el *new look* lanzado por Dior, que se interpretó como una vuelta a la abundancia después de las restricciones impuestas por la segunda guerra mundial, la totalidad de las mujeres aparecen de pronto cubiertas con faldas absolutamente largas. Esto sucedió —se dirá un día— precisamente dos años después de cierto movimiento revolucionario estudiantil que sacudió las sociedades del mundo entero, pero que, a la postre, no obtuvo más que el reforzamiento de la Policía por doquier. Y la gente dirá: «Es natural; en aquellos tiempos, cualquier revolución infundía pánico».

La moda constituye uno de los indicios más reveladores para rastrear el sentido de las costumbres humanas. Y el hecho de que todas las capitales occidentales adopten,

con tanta unanimidad como entusiasmo, el aire de hace cuarenta y cinco años bien se merece nuestra reflexión. Idéntico fenómeno en Londres, desde Kingsroad hasta el último suburbio, que en Nueva York, donde ya el invierno pasado, a pesar de la recesión, las jóvenes barrián con sus maxifaldas el asfalto de Manhattan.

Y lo mismo en Berlín —convertida en la ciudad «in», a media rueda de París o Londres—: todas las *Frauleinen* del *Kurfürstendamm* van de largo, como en París, donde es frecuente ver, al pie de las escaleras automáticas del Metro, de los grandes almacenes, Bancos y empresas, el letrero: «¡Atención a su maxi!». La revista «Elle» ha realizado una encuesta: el sesenta y ocho por ciento de las mujeres quieren la maxifalda. «Paris-Match» dedica cuatro páginas, dos de ellas en color, a dar cuenta de las nue-

vas orientaciones del mercado Malik, convertido en un emporio de la moda de 1925 y, en general, de todo lo exótico. Cierto cliente que, durante un desfile de modelos de Pierre Cardin, anotaba los precios en su agenda, suspiró: «Todo esto me hace pensar en mi madre, ¡tenía unos vestidos tan preciosos mi madre!...».

Este sentimiento de nostalgia, esta necesidad de replegarse sobre sí, esta gravedad casi austera... los modistos han visto claramente que es aquí donde se esconde la nueva forma, la nueva dirección de la violencia femenina. Ellos, los modistos, se expresan ciertamente en un lenguaje distinto al de los confeccionadores. Pero han evolucionado no poco desde que se comprometieron en el «prêt-à-porter». «Es algo que ha contribuido a acortar las distancias de modo considerable: no sé

si es mejor o peor, pero el hecho es que nos hemos vuelto más inteligentes —dice Emanuel Ungaro—. Ya no hablamos del pasado, y el futuro, ¿a quién le interesa? ¡Lo importante es el hoy!». Han aprendido a conocer a las mujeres, a todas las mujeres. Constituyen, sin el menor género de duda, la corporación que encuadra a los hombres más sensibles respecto a la mujer, y los que mejor hablan de ella. Pero he aquí que esta vez, todos ellos, como un solo hombre, cortan sus modelos... muy largos. Desde Dior hasta Courrèges, todo es pura longitud. Tal unanimidad será todo lo brutal que se quiera, pero es un hecho. Es el momento.

Para convencerse de ello, si es que se piensa que al menos los modistos hubieran podido permitirse el lujo de ir contra corriente creando modelos cortos, no hay más que contemplar a la dama enlu-

Cardin, autor del modelo que se presenta a la prensa, dice: «La largura está ahí, lo mismo que en todas partes». Es la influencia del momento.



Courrèges, o la sencillez agresiva, acaba de crear una nueva colección con auténticos precios de «boutiques».

tada de la «Porte Maillot». Cubierta desde el cuello hasta los talones, camina con breves pasos bajo los árboles. Su falda es negra, su jersey cerrado es negro también, negro suele ser el luto, por lo que se diría que esta mujer es... Pero no: porque he aquí que monta de un salto en el coche del primer desconocido que pasa y aminora la marcha. No, a nadie llora nuestra dama; sencillamente, trabaja en el más antiguo de los oficios, consistente en enganchar caballeros. Su luto está lejos de constituir una excepción: en Pigalle, por las calles que descienden de la colina, no se ve más que a «viudas» o «labriegas» (según el color y la edad), con las piernas absolutamente enfundadas, sin el más leve resquicio para la mirada.

Todo esto es, al menos, extraño. ¿No era una auténtica bendición aquel «menear las tabas» bajo la falda corta de estos últimos seis años? ¿No resultaba fantástico aquel mostrarse el cuerpo humano por vez primera en nuestro mundo occidental cristiano? Entonces, ¿qué? ¿Nos equivocábamos al pensar que asistíamos a un progreso frente a mil inhibiciones? Hagamos memoria: los comienzos no fueron nada fáciles... Se necesitó bastante tiempo para que el dobladillo ascendiera hasta la altura del muslo. Hubo, primero, un rechinar recalcitrante por parte de los hombres, que, como siempre, terminaron aplaudiendo. Luego, la «mini» fue un hecho, un hecho al que hasta las damas del *establishment* se acomodaron, tras un esfuerzo sincero por comprenderlo y admitirlo. Y, ¡cataplú! ¡Todo de nuevo por tierra! Si es una reacción, es ciertamente una reacción demasiado bella...

Tanto más grave, parece, cuando se presta a no poca confusión. Respecto a la colección de André Courrèges, un periodista escribe, en un artículo ampliamente difundido por la prensa de provincias: «Es bonita, joven, discreta y llevadera, incluso por encima de los cuarenta años». Así es la moda. Pero la coartada resulta demasiado bella para no ser tomada al vuelo por determinadas personas de mala fe: que si cierta excesiva desenvoltura en las costumbres, que si una comodidad hartamente inquietante...

Carole, veintitrés años, que vive en París metida en el mundo del cine, cambia todo su vestuario de la noche a la mañana: «Así ya estoy tranquila, ya nadie me molestará por la calle», explica. Yo la creía más libre, pero estaba equivocado. Porque, ¿de cuándo acá las mujeres han de liberarse en el seno de sociedades que no son libres, entre hombres que tampoco lo son, y con jóvenes que están muy lejos de serlo?

Por no estar acostumbrados a verlo, muchos se confabulan para decir que la «maxi» no es bonita. Los hombres sobre todo, pero también muchas mujeres, jóvenes y menos jóvenes. Incluso las dependientas de las «boutiques» de moda, y hasta las de las casas de costura. «Singular» es el adjetivo hoy más... Y, sin embargo, es bonita: cuando se sabe.

Entre los modistos, es algo admirablemente bello. Algo refinado, algo sereno, algo intemporal. Para espíritus cultivados. Da la impresión de que atravesamos una era de cultura y de tranquilidad. Las viejas películas de Marlene Dietrich constituyen el placer de este verano de París; «Women in love» y «Les Damnés», el más pleno éxito; el vestuario, el ambiente, todo su entorno nostálgico es lo que gusta, lo que hoy se adora. El vestido que todos los modistos han creado es una especie de camisa con pliegues o nervios. Era el tema clásico de vestido en 1925, pero es siempre bello. En las casas Dior, Cardin, Saint-Laurent (y en la de confección de Sonia Rykiel) vuelve el mismo elemento decorativo: la mariposa. Bordado, estampado o hecho en labor de punto, era ya un elemento decorativo en 1900.

¿Cómo explican los modistos este repliegue, esta expresión del movimiento general al que asistimos? Si las versiones son dispares, a veces contradictorias, son, sin embargo, verdaderas. Y quizá sea necesario enfrentarlas a fin de lograr una aproximación a la verdad de cuanto está sucediendo.

Y lo mismo en América. El modisto neoyorquino Hames Galand ha presentado su nueva colección de otoño, con absoluta predominio de la maxifalda.



CARDIN, el volumen. Curvas, ángulos que se oponen y vuelven a reencontrarse. La largura en nada ha cambiado, si no es acaso para cobrar mayor sabiduría. «La largura... bueno, hela ahí —dice—, se encuentra en la colección, lo mismo que en todas partes. Es la influencia del momento». Pero se declara poco satisfecho de su colección: «No me puedo quejar, he tenido un éxito como nunca, en este aspecto soy un privilegiado. Pero como profesional encuentro que hay una enorme facilidad en lo que he realizado». Y deplora la influencia de la calle: «¡No estamos aquí para copiar la calle, sino para inventar! Cuando yo comenzaba, hace diez años, tuve noventa y cinco compradores extranjeros, e hice noventa y cinco millones en cuatro días. ¡Este año he tenido cuatro clientes! No cinco, ¡cuatro! ¿Por qué los americanos se van a gastar millones en gorros eslavos, indios o gauchos? ¿Porque un gaucho llega a París, la gente comienza a ponerse un lazo al cuello y se decide que esa es la moda gaucha? Todo eso, y mucho más, lo pueden comprar, por tres dólares, en Tokio, en Hong-Kong o en los viejos «stocks» de Marrakech! Y, claro, nosotros queríamos que fuera en París. Se nos olvidará, no hay más. Como se nos ha olvidado ya en pintura, teatro, cine...».

Seguro: todos los que se preocupan del panorama de las marcas francesas y de sus correspondientes divisas piensan como él.

COURREGES, o la sencillez agresiva. Acaba de crear una nueva colección con auténticos precios de «boutique»: de cuatro mil a ocho mil pesetas. Pero ni una sola minifalda. Y cuando él dice: «Es impúdica», uno cree haberle comprendido mal. Pero repite: «Impúdica, sí. Atravesamos un período reaccionario de nostalgia. Se mira hacia atrás y se intenta volver a partir de aquellas bases». El pasado verano había hecho «mini»: no vendió nada, y tiene trescientos cincuenta empleados en nómina, así como muchas cuentas que pagar. «No hice lo que los periodistas esperaban... Tanto peor, me he dedicado a lo largo, y usted sabe que es muchísimo más fácil esto. Lo difícil es siempre hacer algo que no ha existido nunca». Resultado: su colección es la que ha constituido el mejor mercado de todos.

DIOR, o la mujer rica. Las muselinas se degradan, las camisas adoptan la tonalidad de las perlas, se echa mano de lo negro o de la piel, siempre prestos a prostituirse cuando no hay ni saldo en la cuenta ni afán

de lujo. Se trata del espíritu más francamente retrospectivo. ¿Pero quién no alberga, sinceramente, cierta vieja debilidad por Marlene Dietrich?

SAINT-LAURENT, o la paciencia. Toma cosillas por todas partes, en el espacio y en el tiempo, en Oriente, entre los «hippies» americanos, en el siglo XIX, en los principios del XX, lo mezcla todo y saca otra cosa, como las lanas antes de la tapicería o el mosaico antes del fresco. Ha sido el único en presentar tres vestidos cortos. «No creo que lo largo sea obligatorio —dice—. La moda es más un estado del espíritu que una cuestión de longitud o de forma. Y la mujer que piense poner una pica en Flandes, por llevar un vestido que sólo es largo, se halla en peligro de quedar disfrazada».

UNGARO, la suavidad. Aun en lo corto era muy suave, es algo que siempre ha tenido él. Pero ahora es supersuave. Mirando hacia sus propias creaciones, dice: «Ya ve, no es nada... Me gustaría que mis modelos fueran olvidados». En efecto, no hay un solo pestaño en su colección. Incluido el diseño de Sonia Knapp, sobre telas estampadas, no se trata de diseños. Son movimientos de colores, o mejor, esbozos o trazos de movimiento. Y hasta los diseños que poseen una forma tienen un no sé qué de fugitivo: destellos de color en un orden geométrico estrellado, como una imagen de caleidoscopio que, apenas formada, se destruye. Se encuentra en algunos vestidos y conjuntos de Ungaro una delicadeza que en ningún otro sitio se ve. «Creo que las mujeres tenían una cuenta pendiente y que la han saldado con la minifalda. Fue esto tan violento que, hace cinco años, en Londres, todas las inglesas de Kingsroad, a quince grados bajo cero, estaban moradas. Más tarde, las mujeres han caído en la cuenta de la dureza, de la agresividad permanente que a todos nos golpea. El gusto por lo largo, en este momento, no es más que eso. Además de, claro está, las relaciones de la mujer con el mundo masculino. Existe hoy, según me parece, un fallo del hombre: conozco pocas, por no decir que ninguna, chicas jóvenes de valía que tengan un hombre que esté a su altura. En consecuencia, tras de la agresividad, la mujer intenta cambiar ahora sus medios de aproximación al hombre. No se trata de un cálculo, es una necesidad. Pienso que a todos nos hace falta reencontrar un sentimiento perdido, que es, sencillamente, la ternura». ■ KATIA D. KAUPP.